

LIBROS

Los poemas humanos, de Claudio Rodríguez

Este poeta es siempre claro. Su obra luce como el oro y la plata que hay en los días de paisaje castellano-leonés (zamorano) de su nacimiento y primera juventud. Así nos habla siempre: de claro en claro. Ahora en un nuevo libro, que vuelve a celebrar el mundo, Claudio Rodríguez es un poeta meridiano y castellano, aunque no en el sentido de la exactitud lumínica y la perfección "estante" de Jorge Guillén, su preclaro antecesor. Es menos cosmopolita y cosmológico, más entrañado en el paisaje de cercanías y "vividurias" que es nuestro mundo diario. La experiencia cotidiana sirve de base para una elaboración humana a carta cabal de su poesía.

Jorge Guillén y San Juan de la Cruz son dos lumbres y cumbres que el poeta contempla placenteramente en la distancia. Federico García, Luis Cernuda y Fray Luis serían también fácilmente "oidos" como aromas de un clima poético de amplia ambientación que hace referencia a la común experiencia artística española. El espectro de señales consonantes se abriría hacia fuera con nombres como el de Virgilio, Rimbaud, Eliot, Holderlin... pero sabemos que nuestro poeta es profunda y eminentemente personal. Voz distinta de su generación; nunca eco.

"El vuelo de la celebración" (1), nuevo libro de Claudio, se publica diez años después de "Alianza y condena" (1965). Anteriormente había publicado "Conjurios" (1958) y "El don de la ebriedad", que fue premio Adonáis en 1953. En 1971 se hizo recopilación de los tres, incluyendo un esclarecedor prólogo de Carlos Bousoño. El poeta es de ritmos lentos y elaborados.

Con este "Vuelo de la celebración" torna Claudio al tino y tri-

no de una palabra persuasiva y amistosa que va desplegándose y replegándose en sucesivos pétalos hasta constituir en cada composición algo que podríamos llamar poema-flor: gracia y naturalidad.

Ya el primer verso de un Claudio casi adolescente, descendía del confin celeste con vuelo medurado para buscar tierra donde aposentarse. Nunca evasión, siempre fiel alianza: vuelo y suelo. Gran equilibrio entre imaginación creadora y sustancia de realidades por mínimas que pa-

res, ciegos, lazarillos, taberneros, oficinistas, jubilados... Claudio parece presente y ausente a un tiempo. Los demás, cantan, miran, hablan. Cuando en alguna ocasión le hemos preguntado al poeta qué hacía allí, se ha sorprendido de su propia situación, pero nos ha dicho que se hallaba "celebrando el estar con todos". La pintura tiene aspecto de vital y nos ofrece la imagen de un momento cotidiano provincial en el que se ve —a todas luces y a muchas voces— cómo se sacan fuerzas de flaqueza para nave-



Claudio Rodríguez, junto a Jorge Guillén.

rezcan. Ya en los comienzos habla con iluminación salvadora del mundo. La constatación, aparentemente sólo descriptiva, del descenso de la luz natural tiene un ingrediente de "visión" que es más que simple ejercicio ocular. Ojos de hombre-poeta que al mirar interrogan y aman, encienden y entienden; ojos que admiran cuando miran: "Siempre la claridad viene del cielo/es un don: no se halla entre las cosas, sino muy por encima, y las ocupa/haciendo de ello vida y labor propias./Así amanece el día; así la noche/cierra el gran aposento de sus sombras/y esto es un don...".

Pienso necesariamente en las confluencias del ámbito zamorano (un modo más comunal, vecinal y en corro de hacer la vida) en la obra de Claudio Rodríguez.

Hay en Zamora una pintura de Antonio Pedrero que ilustra muy bien sobre el sentido coral y vecinal de los encuentros de algunas gentes. En ella vemos a nuestro poeta, sumido en una cercanía de taberna, con otros: carpinteros, albañiles, esculto-

gar en un precario presente. Estamos en 1954. Claudio contaba veinte años y terminaba de publicar su "Don de la ebriedad".

La obra de Claudio es siempre de un admirable equilibrio y ponderación. El primer libro es más cósmico; después se van humanizando más y más las modulaciones. Gentes humildes y menesterosas se dejan oír en "Alianza y condena" y en "Conjurios"; con claro acento de simpatía. En este "Vuelo de la celebración" hay también un personaje de taberna que el poeta toca al borde de la madrugada hilando con el humo del cigarrillo florales apariciones. Y es un Rey: de Humo. Vedlo, no hay milagro: "Sacó un plato pequeño y dibujó en la entraña/de la porcelana,/con sus uñas maduras/como los niños/¿Ves?/¿No oyes el viento de la piedra ahora?/Sopló sobre el dibujo/y no hubo nada./Adiós,/yo soy el Rey del Humo".

Personas y personajes sobrepasan la condición de "clase" y de cualquier ideología preconcebida.

El poeta habla de amor y de labor. Nunca es fría su lengua. Siempre registra bien y a las mil maravillas la fraternidad de sus universales celebraciones. La ocasión de efectuarlas en este "vuelo" enamorado de ahora se la dan, de nuevo, las más variadas manifestaciones de lo que pasa y hay: una lágrima, una amapola, un vuelo de papeles, una mirada, una sonrisa, por la que entra el amor, y la flor, un corro de niños, una pintura, un perro, una muerte (también de amor y flor), una historia, una mentira... Cada poema es un fervor que semeja respiración o árbol airoso; que eleva a "canto" —general y humano— los momentos, aparentemente dispersos, de la vida. Y lo hace con palabras suaves como hierba templada. Esta de Claudio, según propias palabras, es poesía "oral y coral"; invitación a vivir hacia el encuentro con lo que existe: "Miserable el momento si no es canto".

El "Vuelo de la celebración" no es solamente la celebración del vuelo. Prevalece en él la reunión al despegue, pues celebración es unión, reunión, memoria, alabanza. A este término de expresión y de interpretación se unen los de "desvelación y salvación". Celebración, salvación y desvelación de seres y acontecimientos, sin implicar "específicas" connotaciones religiosas. Para Claudio Rodríguez la poesía, como todo arte, "consiste en revelar al hombre su destino en relación con la totalidad de su época; en decirle aquello por lo cual es humano con todas las consecuencias". Y "salvación" no quiere decir personal, sino de la realidad; que también puede ser crítica social y política y no tiene por qué ser aceptación de lo establecido". ■ JUSTO ALEJO.

Un zapador se confiesa

No sé si la producción teórica crítica de los franceses durante este siglo es tan abrumadoramente importante como ellos están dispuestos a creer, pero no cabe duda de que es realmente importante. Y lo fundamental de esa teoría crítica es que nunca se ha desvinculado completamente de una práctica rica e imaginativa, de un particular estilo subversivo que une ciertas sofisticadas formas de culturalismo racionalista con una indudable, aunque no tan frecuente

(1) Rodríguez, C., "El vuelo de la celebración". Visor. Madrid, 1976.